

Picao, drama emblemático de una práctica ludo deportiva que refleja los procesos de redefinición de la ciudad y de las culturas de los jóvenes que la habitan

Picao (Street Soccer), Emblematic Drama of a Recreational Sport Practice that Reflects the Urban Redefinition Processes and its Young Inhabitants

Johan López Higueta¹
Carlos Andrés Toro²
William Moreno Gómez³

Resumen

Este artículo muestra avances de la investigación “El *picao*, y sus condiciones de pervivencia en medio de la redefinición de los espacios públicos para la recreación y el deporte en Medellín-Andalucía y Niquía-Bello”⁴; etnografía desarrollada por medio de entrevistas semi-estructuradas y de registros de campo que incluye observaciones y fotografías. Habitantes barriales, practicantes del *picao*, componen la población investigada. El estudio se encuentra con una práctica social

de prevalencia informal que se despliega dramáticamente en una ciudad que parece redefinir el espacio público recreativo bajo los criterios utilitaristas y consumistas de un deporte domesticado y domesticante que se impone de espaldas a las tradiciones y vivencias ludo recreativas que hacen parte de la experiencia y las necesidades proyectadas por la propia ciudadanía marginada.

Palabras clave: fútbol callejero, ciudad, espacio público, prácticas lúdico estéticas

Recibido: 20-03-2012 / Modificado: 17-04-2012 / Aceptado: 26-04-2012

Estudio que hace parte del Proyecto “Reconocimiento y significado de las prácticas corporales lúdico-estéticas y su influencia en los procesos de distinción social y configuración identitaria de los jóvenes de los barrios de Medellín. Financiado por el CODI de la Universidad de Antioquia 2010-2012

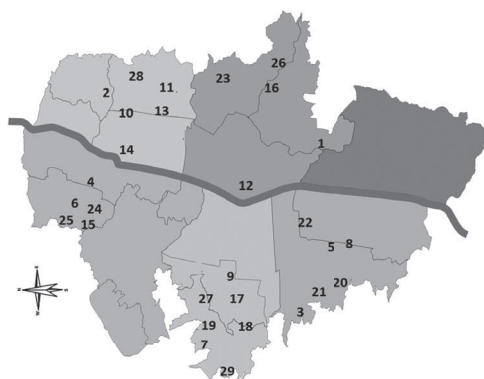
- ¹ Estudiante del Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia. Integrante del semillero del grupo de investigación Prácticas corporales, sociedad, educación-currículo (PES). johaniudef@gmail.com
- ² Estudiante Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia. Integrante del semillero del grupo de investigación Prácticas corporales, sociedad, educación-currículo (PES). ninobraund@gmail.com
- ³ Licenciado en Educación Física, Magister en educación y curricularización. Doctorando Universidad de Valencia (Esp). Profesor Universidad de Antioquia, Medellín (Col.). Coordinador grupo de investigación Prácticas Corporales, Sociedad, Educación-Currículo PES. morenowilliam@hotmail.com

Cómo citar este artículo: López, J., Toro, C. & Moreno, W. (2012). *Picao*, drama emblemático de una práctica ludo deportiva que refleja los procesos de redefinición de la ciudad y de las culturas de los jóvenes que la habitan. En: *Revista educación física y deporte*, 31, (1), p. 729-744.

Abstract

This article shows some progress of the research called “The street soccer (picao), and its survival conditions in public spaces redefining for recreation and sport in Andalucía and Niquía neighborhoods, in Medellín and Bello municipalities. This is an ethnography developed through semi-structured interviews and field recordings, including observations and photographs. Local residents and street soccer (picao) practitioners make the objective population. This study finds a social practice of informal prevalence, dramatically unfolded in a city that seems to redefine the recreational public space under the criteria of a utilitarian and consumerist sport, a domesticating and domesticated sport that imposes against the traditions and recreational experiences that are part of the practices and projected needs of the citizens marginalized themselves.

Keywords: street soccer, city, public space, recreational aesthetic practices



Canchas Sintéticas públicas de Medellín (INDER)

La cuestión

El estudio forma parte de un interés que orienta la actividad formativa e investigativa del semillero PES, línea que tiene como propósito general el reconocimiento y la significación de las prácticas corporales lúdico estéticas de Medellín y localidades aledañas. El estudio pretende describir y dar a conocer lo que sucede actualmente con la práctica barrial del *picao*, comprender el estado de su reconocimiento social y el significado que tiene para las personas que lo practicaron o que aún lo practican. El estudio permite a la vez, observar y documentar, desde el caso del *picao*, la conexión que hay entre el proceso acelerado de formalización del espacio público (construcción indiscriminada con criterio economicista) con la supervivencia y la continuidad de las prácticas ludo deportivas tradicionales y callejeras e indirectamente identificar los reductos espaciales que van quedando en la ciudad para este tipo de prácticas. El estudio permite una aproximación comprensiva al *picao* como práctica cultural urbana que se encuentra en una encrucijada de *vida o muerte*. La urbanización desmedida que vive la ciudad no considera los espacios públicos donde se practica el deporte, el juego y la actividad física espontánea de los habitantes. Los lugares tradicionales donde se juega el *picao* están siendo reemplazados por canchas sintéticas⁴ y canchas cubiertas que impulsan la organización gubernamental responsable del deporte y la recreación en la ciudad⁵ y las entidades privadas que lo promueven como negocio.

Antecedentes

Hasta las tres últimas décadas de siglo XX, en la ciudad de Medellín los espacios que se utiliza-

⁴ Sitios: Miraflores (1), Granizal (2), Belén Las Mercedes (3), Juanes de la Paz (4), Unidad Deportiva María Luisa Calle (5), Unidad Deportiva José René Higueta (6), Unidad Deportiva El Socorro (7), Unidad Deportiva Andrés Escobar Saldarriaga (8), Marte 1 (9), El Raizal (10), Santa Inés (11), Brasilia (12), San Nicolás / Berlín (13), Moravia (14), El Progreso (15), Unidad Deportiva Las Estancias (16), Barrio Cristóbal (17), La Cristóbal / Santa Mónica (18), Estación Metro San Javier (19), Belén Rincón (20), Belén Zafra / Altavista (21), Trinidad (22), El Molino / Los Cerros / El Vergel (23), Doce de Octubre (24), Tinajita / Pedregal (25), Alejandro Echavarría (26), La Floresta (27), San Blas (28), Unidad Deportiva El Salado (29) (Fuente INDER, vía *Q'hubo* (20 de mayo 2012).

⁵ Construcción y reconstrucción del espacio deportivo como estrategia para la redefinición oficial de las relaciones sociales y en general para el establecimiento “moderno” de un deber ser ciudadano (nueva funcionalización del espacio público a partir de la funcionalización de la ciudad lúdica).

ban para la recreación y el deporte eran, por lo general, improvisados; el número de canchas y escenarios deportivos era muy reducido, la gente en los barrios jugaba en los lotes sin construir, en las calles y en los frentes de las iglesias; los jóvenes en los barrios populares cerraban las calles para jugar *picao*; la chiquillada y los *piernipeludos* lo hacían espontáneamente; su activismo no pasaba por una entidad reguladora que los interviniera. Esta vieja práctica barrial era el registro de una forma de apropiación popular de una práctica que en sus inicios era de las **élites** de la ciudad. En los barrios populares de la ciudad el fútbol callejero ha ocupado los horarios extraescolares, las noches y los días de fin de semana. Bajo su paraguas se han formado futbolistas, líderes, directivos y políticos. En la ciudad hay lugares donde desde hace decenas de años uno puede ir a ciertas horas con la seguridad de encontrar gente dándole a la pelota callejera. En las últimas décadas del siglo pasado había sitios en la ciudad marcados para los picaístas, es el caso del espacio definido por la carrera 48 y la calle 72 en el Barrio Campo Valdez, donde había horas y días de la semana cuando el espacio callejero —por acción apropiativa de los jóvenes— se dedicaba exclusivamente para el *picao*; sucedía en Manrique, en Pedregal, en Castilla, en Belén o La Floresta, **y lo sabían la policía, los conductores y los transeúntes; esto se replicaba por toda la ciudad popular**, solo que el fútbol callejero no estaba aún conectado en las redes institucionales o transformado por la empresa privada en “fútbol verdadero”.

En la década de los setenta se construyen las unidades deportivas de Belén, Castilla y el Parque Tulio Ospina, la unidad deportiva Atanasio Girardot, las universidades construyen unidades deportivas; el deporte, y específicamente el fútbol callejero entra en la lógica de los espacios protegidos y cerrados. En los ochenta, con el “boom” de la construcción e iluminación de escenarios de manos del “filantropismo deportivo narco”, del populismo promesero de los políticos locales y del empuje de un naciente instituto de deporte y recreación de la ciudad (INDER)—que ha tenido en la construcción de escenarios una de sus mayores prioridades y frentes de inversión económica—, el fútbol callejero recibe otro

“empujón cualitativo para su transformación”. Nuevas condiciones transforman y reorientan la dinámica del fútbol barrial y su sentido competitivo; se incrementan los torneos oficiales, decrecen las “ligas” barriales o comunales, aparecen los torneos empresariales de promoción deportiva masiva de los niños futbolistas (participación o entrada al espectáculo por tapas de bebidas); los niños futbolistas compiten todo el año en una pirámide competencial de la que solo quedan “los mejores”. Incluso los niños (y por supuesto sus padres) de los barrios populares toman el fútbol en serio, la calle es un riesgo también para la “futura estrella”. Media entrando al siglo XXI, el entrenador infantil, las escuelas de entrenadores, la capacitación de entrenadores barriales, la ampliación y consolidación de las categorías infantiles, la institucionalización gubernamental de los campeonatos callejeros y barriales, la consolidación de carreras universitarias de entrenamiento deportivo, la institucionalización creciente de los espacios extracurriculares de los estudiantes, el incremento del conflicto barrial.



Fotografía 1. El picao una práctica social en espacio ajeno.
(Foto Lucas)

Una de las primeras formalizaciones académico-investigativas y políticas del fútbol barrial se desarrolló a partir de una iniciativa que hunde sus raíces en el convenio colombo-alemán de los años sesenta, específicamente desde un convenio firmado entre la Universidad de Antioquia y el Instituto del Deporte de Colonia (Alemania). A partir de allí se desarrolló una iniciativa del Grupo de Investigación Cultura Somática de la Universidad de Antioquia. Iniciativa/proyecto que se denominó “**Fútbol por la Paz**”, coordina-

do por el alemán Grisbet y el colombiano Nelson Gaviria; el alemán ha llevado este proyecto por otros países tercermundistas y el colombiano desarrolla iniciativas de fútbol por la convivencia desde el INDER.

Esta experiencia académico-investigativa que se pone en marcha a inicios de los noventa se constituye a partir de una estrategia que se apoya en los líderes comunitarios que impulsan el fútbol en las comunas pobres de la ciudad. Esta propuesta que integró a la mujer y que desarrolló la competición sin árbitro, deviene en nuevas propuestas de ciudad que hoy resultan en prácticas formativas concentradas en políticas de convivencia tales como “Fútbol autorregulado” (INDER). La propuesta tuvo incidencia en el desarrollo de propuestas nacionales e internacionales. Hoy, la FIFA reconfigura propuestas institucionalizadas (patentadas) de “Fútbol callejero” y “Fútbol por la esperanza”. Paralelo a los mundiales de fútbol, esta transnacional impulsa propuestas de un fútbol emparentado con los proyectos de fútbol urbano nacido de las prácticas barriales, acción que demuestra cómo a través del deporte barrial se impulsan estrategias de apropiación e integración social. En Medellín el fútbol callejero se ha convertido en un Caballo de Troya de las oficinas de Gobierno para llegar a los barrios populares a desarrollar estrategias de contención social (conflicto barrial, conflicto educativo) o estrategias de contención deportiva (barras de fútbol). Hay trabajos pioneros sobre el tratamiento académico del fútbol callejero en el Instituto Politécnico Colombiano y en la Universidad de Antioquia. Hay abordajes de

investigación periodística significativos para una comprensión histórica del fenómeno, allí los trabajos de Medina (1994, 2007) y Zapata (1993).

El problema

Consideramos que hay tres perspectivas para problematizar el *picao* y su relación con la ciudad, sus espacios y sus identidades. La cultural, la económica y la política.

Con relación a la **perspectiva cultural** tenemos que anteriormente el juego en la ciudad no poseía tan alta formalización e institucionalización; hacía parte de la cultura barrial y popular, no tanto de la cultura institucional y oficial. Hoy el juego popular espontáneo deviene en un juego encerrado en las consignas higiénicas, *civilizatorias* y pacificadoras de nuevo cuño; en los últimos treinta años las condiciones han cambiado en la ciudad. Hoy en muchos casos el jugar pasa por “matricularse” en un equipo, inscribirse en un parque deportivo o en un club; se debe pedir ficho o hacer una fila de espera. Los horarios están claramente definidos y limitados. Hay ocasiones en las que media un cobro para el uso de los espacios, espacios que son controlados y vigilados no siempre por la parte oficial⁶. Se impone en la *ciudad lúdica* una especie de “cultura metro”⁷ que ha llegado a través del *discurso oficial civilizatorio* a distintos escenarios y a múltiples prácticas sociales que se desarrollan en la ciudad.

Con relación a la **perspectiva económica** es evidente que el deporte, la recreación y los

⁶ Por Noticias Telemedellín y por *El Tiempo.com* del martes 22 de mayo se publica denuncia del concejal de Medellín Jesús Aníbal Echeverri sobre cobros de hasta 60.000 pesos que las bandas de Medellín estarían haciendo a los usuarios en alguna de las canchas sintéticas del Municipio (públicas). En estos medios se denuncian casos en Aranjuez, Miraflores, Moravia y Belén Rincón; se llega a plantear que en algunas situaciones se evidencia un interés de los combos por hacerse a la administración de las mismas. Las canchas sintéticas privadas que se han convertido junto con los casinos en uno de los negocios más florecientes de la ciudad llegan a cobrar según el periódico *Q'hubo* hasta 140.000 pesos por una hora de juego.

⁷ La construcción del metro de Medellín (1995) trajo aparejado un discurso regulador sobre las relaciones y conductas de quienes hacen usos de este medio de transporte, pero a fuerza de consigna se ha extendido intentando abarcar a todos los habitantes y a sus prácticas de ciudad; en esta intención se reflejan un deber ser ciudadano con el que el Gobierno de la ciudad quiere con-formar a toda la ciudadanía; incluso ahora se habla de exportar (vender) esta cultura a otras ciudades colombianas y latinoamericanas (caso Lima).

juegos barriales no están exentos de la cuestión económica. En las canchas sintéticas, por poner un ejemplo, no se juega como ayer, sin camisa, o con tenis viejos, “eso no se ve bien”. Las nuevas canchas, los casinos, el escenario metro o el escenario centro comercial (*templos* de cultura urbana) traen aparejada su presión y disposición corporal consumista, son *pasarela*. Para estar allí se requiere de un nivel económico, el *picao* se jugaba con lo básico. Rápidamente la *ciudad comercio*, se dio cuenta de lo que significaba el deporte confinado. Hoy Medellín vive un proceso acelerado de transformación estructural de todos sus espacios incluidos los escenarios deportivos y recreativos. Es tal la envergadura transformativa que la política oficial ha desarrollado estrategias puntuales para dar un “salto cualitativo” en la economía de la construcción de las instalaciones deportivas centrales y barriales. No hay torneo internacional al que la ciudad no se le apunte, mundial de fútbol, mundial de patinaje, suramericanos, panamericanos, olímpicos juveniles. Para nadie es un misterio que cada Gobierno llega con su propuesta olímpica, que detrás de estas apuestas llegan grandes presupuestos para la construcción y adecuación de los escenarios, sabemos que detrás de estos *intereses deportivos* están las redes de las corruptelas locales y nacionales.

Con relación a la *perspectiva política*, la integración de los “espacios improvisados” a la “ciudad organizada” pasa por la integración de los ciudadanos lúdicos a la cultura oficial. La ciudad a principios del siglo pasado se fragmentó en dos partes, y allí otra banda era la parte nueva y marginal, en esta parte se configuró la ciudad ociosa que no cabía en los marcos del lado tradicional (hipódromo, gallera, plaza de toros, unidades deportivas, museo de arte moderno, cines alternativos). La nueva ciudad tiene muchos centros, y está mucho más fragmentada; los intereses educativos descentraron las universidades tradicionales; los intereses de poder emergente de la economía narco se repartieron la ciudad en función de sus dinámicas de producción y

distribución. Sus fuerzas se la reparten barrio a barrio, cuadra a cuadra. El deporte no se salvó de tal lógica. El poder del narcotráfico se constituyó con el apoyo indiscriminado a la causa deportiva y a la remodelación y construcción de escenarios deportivos barriales; estos escenarios se convirtieron en el lugar para ostentar y promocionar su poder y su filantropía interesada. Los escenarios barriales según Dorian Andrey Agudelo, coordinador de Casa MIA⁸ tienen un especial significado:

[...] la anterior cancha era una frontera invisible, un espacio peligroso cuyo uso, e incluso tránsito podía significar la muerte. Agudelo dice que ahora, tras las obras de remodelación, el escenario servirá para motivar a los jóvenes de la Comuna 6 a practicar el deporte y la recreación.

El *picao* se ha asociado con pillería y vicio. Hay un discurso y una práctica política integradora que se vehiculiza a través de la transformación e integración oficial de los escenarios y las prácticas deportivas y recreativas. En el mismo medio de comunicación, en una de sus pesquisas barriales encuentra que Luz Elly Giraldo, un ama de casa de 64 años...

[...] como todos sus vecinos, confía que la zona, antes frontera invisible, ahora sea frontera visible que ayude a frenar las balaceras, el tráfico de droga, (y) el miedo general; que los gritos que se escuchan sean de goles olímpicos, de encestadas de tres puntos, de alegría contagiosa.

Buena parte de las campañas políticas y las avanzadas oficiales y no oficiales de politización o moralización se vehiculizan a través de las prácticas ludo deportivas y recreativas barriales.

Es así como con relación a los escenarios para la recreación y a las prácticas de recreación y deporte en la ciudad, caso *picao*, sus espacios, sus motivaciones y sus practicantes, surgen interrogantes que dan sentido a esta clase de investigaciones.

⁸ MIA (Corporación de la zona que trabaja con jóvenes en alto riesgo o en conflicto). *El Mundo*, junio 28 de 2011.

¿Qué ha pasado con los practicantes picaístas?

¿Dónde quedaron los picaístas que no desaprovechaban calle por empinada que fuera para echar desafío *perreando*⁹ buses y transeúntes?, ¿qué lugar ocupan en el paisaje urbano actual? ¿Cómo se han integrado a los juegos de cancha de urbanización o cancha sintética oficial y privada?, ¿se han desplazado a los nodos recreativos plastificados de la ciudad?, ¿han mudado de práctica lúdica o de práctica social?, ¿en qué consumen hoy su *tiempo libre*? ¿Se adaptan los viejos picaístas al fútbolito enmallado de nuevo tipo?, ¿cómo reciben los picaístas de antaño los arbitrarios del juego reglado que se impone con la “ciudad organizada”?

¿Qué ha pasado con los espacios y tiempos del *pícao*?

Al cabo de la transformación experimentada por la ciudad respecto a su infraestructura, sus espacios y tiempos, cabe interrogarse por el lugar que hoy ocupa una práctica informal barrial (el *pícao*) que se desarrolló aparejada con la popularización de un deporte (el fútbol), apropiado inicialmente por las *élites* de la ciudad. Interrogarse por sus mutaciones y desplazamientos geográficos y sociales.

La transformación de la ciudad tradicional hacia disposiciones modernas y posmodernas conlleva la emergencia de nuevas culturas y con ello tensiones en los procesos de gestión, ocupación, transformación y equipamiento de los espacios recreativos. En ese panorama cabe preguntarse: al ocuparse y reglarse el espacio del “juego espontáneo”, caso *pícao* (asimilado por algunos a la *ciudad tradicional*¹⁰) ¿en dónde ha quedado el espacio para el juego libre?, ¿hay lugar en el nuevo espacio público de ciudad para las prácticas de juego espontáneo?, ¿qué implicaciones tienen las regulaciones del uso del espacio lúdico plastificado en la cultura lúdico-deportiva de la ciudad tradicional?

⁹ Hacerle finta a...

¹⁰ Rodríguez (2008, 22) habla de diferenciar los espacios deportivos en razón de las dialécticas urbanas de tres tipos de ciudad: la tradicional, la moderna y la posmoderna; habla también de los espacios para las prácticas convencionales y no convencionales.

¿Será que el concepto de espacio público, y en él, el concepto de espacio para la práctica recreo deportiva ha cambiado al ritmo impositivo de la “transfiguración de la ciudad”? Con la consolidación normativa del espacio público y los procesos de presión privatizadora de los “espacios marginales” de la ciudad ¿qué ha pasado con los espacios del libre juego?, ¿cómo han respondido los Gobiernos de la ciudad ante esta presión? La tensión entre la *ciudad motorizada* y la *ciudad lúdica* ¿cómo afecta las prácticas lúdico deportivas (caso *pícao*) en las calles de los barrios populares? ¿Tiene lugar en la calle de hoy el juego popular recreo deportivo? ¿Lo tiene en el espacio deportivo contemporáneo, plastificado, cubierto, enmallado y delineado para la práctica de los deportes hegemónicos (baloncesto, fútbol, voleibol, etcétera)?

¿Qué ha pasado con el *pícao*?

Este juego callejero posee un contenido histórico con relación a la cultura del Valle de Aburrá, por ende este proyecto de investigación se pregunta por el estado de un juego callejero que era bastante visible en el paisaje de la ciudad y que ahora poco se ve; se pregunta por los efectos de las “nuevas hegemonías lúdicas” que impone la globalización y la modernización sobre el mundo barrial popular y sus prácticas ludo-deportivas callejeras. En tal contexto se interroga por el estado del *pícao*: ¿se encuentra en estado de vida o muerte?, ¿está en proceso de extinción?, ¿qué se pierde y quién pierde cuando desaparece o se desvanece una práctica cultural tradicional?, ¿quién debe velar por la preservación de las prácticas lúdicas populares? Dada la redefinición de las prácticas, los tiempos y los espacios públicos para la recreación y el deporte en Medellín —caso comuna 2 y en el municipio de Bello, el Barrio Niquía— este estudio se pregunta: **¿Cuáles son las condiciones socioculturales que definen la pervivencia del *pícao*?**

Metodología

Trabajo investigativo de corte cualitativo que utiliza el enfoque etnográfico, para este caso denominado también como micro etnografía urbana. Según Rockwell (1993) la etnografía está conectada con la antropología, acumula conocimientos sobre realidades sociales y culturales, particulares y situadas. Se distingue así de la etnología, que se dedica, según ella, a la reconstrucción evolutiva y comparativa. Según Boni, Bruna y Moreschi (2007) “La etnografía estudia los grupos de la sociedad, sus características antropológicas, sociales y culturales”; nuestro estudio se concentra en un grupo social de Medellín que practica el *picao*. La investigación recurre a la herramienta fotoetnográfica; estos autores precisan que cuando la fotografía se utiliza como principal instrumento en la consecución de un trabajo etnográfico se denomina fotoetnografía.

Para la recolección de la información se utiliza la entrevista semiestructurada, la observación participante y la foto etnografía (ver Moreno, 2012); esta técnica se está utilizando con gran éxito en la investigación de las culturas urbanas en países como Brasil y Argentina, permite avanzar sobre las percepciones y profundizar sobre el asunto investigado a partir de las evocaciones y las problematizaciones *a posteriori* realizadas por el investigador frente a la imagen recreadora; también la técnica fotoetnográfica permite “dar la voz” a los grupos y actores sociales que pueden ayudar en el proceso descriptivo y comprensivo (Achutti, 1997; Agra Hassen, 2010; Boni y Moreschi, 2007; Cruder, 2008 y Brisset, 1999). En la fotoetnografía puede obturar el investigado o el investigador, y en la función de indagar para detallar lo que sucede, puede presentarse alrededor de la imagen un diálogo investigador-investigado que ayuda a la comprensión de la microcultura estudiada.

La fotografía permite analizar y comprender lo que sucede en el mundo del *picao*, los factores que influyen en su pervivencia o en su extinción. El antropólogo Collier Junior (citado por Demetrio y Brisset, 1999) dice que en una fotografía es posible ver detalles de una escena que ni

siquiera fueron captados en el encuentro original, situación que puede prevenir la necesidad de volver al campo a corroborar; allí, recoger la información que no se capturó en las entrevistas o en los registros de campo. También se empleó la entrevista semiestructurada, a través de ella se recolecta la información, permitiendo combinar

[...] preguntas abiertas y cerradas, allí el entrevistado tiene la oportunidad de discutir el tema de conversación propuesto (sentar sus puntos de vista). El investigador debe seguir un conjunto predefinido de preguntas, pero lo hace en un contexto muy similar a la de una conversación casual. El entrevistador debe estar alerta... hacer preguntas adicionales para aclarar cuestiones que no estaban claras o ayudar a restaurar el contexto de la entrevista si el informante ha “huido” al tema o tiene dificultades con él. (Boni y Jurema, 2005, p. 8).

Para el análisis y la construcción del relato etnográfico nos apoyamos en recomendaciones hechas por Salvatierra (2000, p. 8), referenciamos la ‘triangulación’, en ella entran en juego tres elementos: las categorías del intérprete (hechas por el etnógrafo); las categorías teóricas (otros autores) y las categorías sociales, en este caso obtenidas de los practicantes del *picao* (nativos).

A través de esta metodología de investigación se favorece el proceso de descripción y comprensión del estado y de las condiciones de la práctica ludo-deportiva del *picao*, sus contextos, sus espacios, sus tiempos, sus limitantes y proyecciones.

Referentes

Picao

El *picao*, así conocido en el lenguaje coloquial que se maneja entre los jóvenes de los sectores populares de Medellín, consiste en un juego lúdico deportivo emparentado con el fútbol, el futbolito, el fútbol 6, el fútbol 8 y el fútbol sala, práctica abierta que se desarrolla en espacios improvisados (tierreros, callejones, lotes, calles). Consiste en una práctica informal espontánea no institucionalizada practicada por cualquier persona, donde no importa la edad de los jugadores,

el número de participantes ni la dimensión del espacio. A diferencia de las prácticas formales, en esta los practicantes crean sus propias normas. Como en el deporte tradicional, en ella hay un marcado interés competitivo; su carácter salvaje¹¹, informal e improvisado, propio de la cotidianidad barrial, lo convierten en una de las actividades de mayor interés para la niñez y la juventud de los sectores populares. Es competitivo, pero tiende hacia el divertimento; se diferencia de las otras prácticas deportivas, que son regladas y altamente normalizadas.

Según Taboeda (2007, p. 1) “El picado significaba el fútbol espontáneo, al poner de manifiesto la creatividad. Cada barrio tenía muy buenos jugadores. En cada barrio, además, había un club social que fichaba a esos habilidosos para sus filas”¹². El autor muestra también nostalgia por la extinción paulatina de esta práctica corporal informal, deja ver claramente una definición que compartimos. Taboeda (*Ibid.*) abunda en evocaciones del picado en los barrios bonaerenses de mitad del siglo XX; se demuestra posiblemente allí la transversalidad del *picao* como práctica corporal urbana latente en los barrios de las metrópolis latinoamericanas. Evoca el periodista (*Ibid.*) que

En la década de los años sesenta el fútbol era una plaga. Se jugaba a toda hora. Uno se levantaba y se acostaba con la pelota. Y de tanto jugar, aprendía, afilaba la pegada, la gambeta, la cintura, la pisada, etcétera. Se vivía una pasión desenfundada por la pelota. En mi barrio, a una cuadra de la iglesia, jugábamos en la esquina de la que era mi casa. Allí había “picados” a toda hora. Con pelota de goma —Pulpo— o con pelota de cuero tipo profesional. Venían muchachos del barrio, de la vecindad. Se jugaba a la hora de la siesta y a la noche bajo la luz del farol de la esquina. Y eso sucedía en otros barrios. Se jugaba

en arcos chicos, en arcos grandes —eran dos árboles— y en la calle. Solo se paraba cuando pasaba algún auto o cuando los vecinos se quejaban y hacían alguna denuncia por “ruidos molestos”. Se jugaba, siempre se jugaba.

Por otra parte Madrigal (2009, p. 8) revela cómo en México el fútbol es un movilizador social que permite una construcción de acción colectiva espontánea. Plantea que en algunas ciudades (Distrito Federal y San Luis Potosí) el *picao* facilita la apropiación y reinención del espacio urbano cuando se practica en las calles; sostiene (*Ibid.*) que el juego callejero configura “...un tipo de práctica de ciudadanía, en la medida que toca el derecho a la ciudad (...) se aplica mediante la apropiación y reinención de un espacio urbano para convertirlo en cancha improvisada de fútbol; la práctica de ciudadanía en este formato es algo innovador” (según información de este investigador). En la actualidad el juego de fútbol en la calle es considerado parte *natural* del espacio urbano mexicano y se le concede a sus espacios la misma importancia que se le otorga a los lugares destinados para las prácticas religiosas o para realizar festividades de distinto orden. El estado de pervivencia en que se encuentra el *picao* es nuestro principal objetivo, y Carrión (2006) y Rodríguez (2008) nos ayudan a entender el proceso de extinción al que se viene sometiendo el *picao* por la masificación del urbanismo o por la reconfiguración de Medellín como una *ciudad moderna* donde se desvanecen las prácticas corporales propias de la *ciudad tradicional*; emergen nuevas prácticas asociadas a los afanes de lo moderno y lo posmoderno, que desplazan a las llamadas prácticas ludo deportivas tradicionales. Carrión (2006) dice que “la consolidación de la calle-cancha sobre la base de su masificación y generalización —ante la carencia de espacios formales (canchas) para la práctica del deporte— será el inicio del fin de este escenario (y de esta

¹¹ Parlebas, citado por Lavega (2000), distingue dos grandes grupos de prácticas según la incertidumbre presente en la acción; por un lado las prácticas que se desarrollan en un medio estable, previsibles, domesticadas, con entorno definido, y por el otro lado las que se desarrollan en un medio inestable, fuente de incertidumbre, espacio que hay que estar leyendo permanentemente, prácticas en situación irregular; el *picao* hace parte de este segundo grupo.

¹² En diferentes registros hemos observado que lo que se conoce en el lenguaje coloquial *paisa* como *picao*, en Argentina se conoce como el *picado* (véanse escritos del periodista Milo Taboeda, 2007).

práctica), debido a la contradicción que genera el deporte a la libre circulación de las personas en un momento en que el urbanismo se muestra expansivo” y agresivo. La ciudad pública se hace imposible, se impone la cinética estática, pasiva y reductiva del encierro. La chiquillada no va a la calle, se encierra en la casa, en la urbanización, en el búnker, en el centro comercial, en el casino. Desaparece el transeúnte lúdico.

Espacio público

Para esta investigación se entiende por espacio público, aquel que es compartido por un grupo social, donde se liberan, expresan y construyen identidades de los grupos sociales que interactúan y que tejen relaciones propias a partir de sus arbitrarios; en Marrero (2008) encontramos dos conceptos sobre espacio público que debemos considerar: el primero, da cuenta del espacio público como orden de visibilidades que acoge una pluralidad de usos o una pluralidad de perspectivas, implica, por ello mismo, una profundidad; el segundo habla del espacio público como orden de interacciones y de encuentros que presupone una reciprocidad de perspectivas. Según él (*Ibid.* 80),

Esos dos acuerdos hacen del espacio público un espacio sensible, en el cual evolucionan cuerpos, perceptibles y observables, y un espacio de competencias, es decir, de saberes prácticos detentados no solo por quienes operan y por quienes conceptúan (arquitectos o urbanistas), sino también por los usuarios ordinarios. En suma, habría que comprender el espacio público como espacio de saberes y definirlo, como lo hubiera querido Michel Foucault, como espacio de visibilidades y enunciados.

En estos términos, el segundo concepto de espacio público (espacio sensible), es aquel en el cual evolucionan cuerpos perceptibles y observables; allí también los “usuarios ordinarios”. En el espacio de la ciudad, en el espacio público, se desarrolla una práctica, un “enunciado” que se reconoce, que es “visible”, y es el lugar donde “evolucionan cuerpos”. El *picao* puede formar y transformar en la medida en que los picaístas son los “usuarios ordinarios”, gente que compone también lo público y que en el juego cotidiano

del *picao* recompone el espacio urbano. El *picao* y el picaísta son marginados pero no marginales: hacen parte del paisaje urbano público.

Park, citado por Marrero (2008), afirma que

[...] La ciudad... es algo más que una congregación de hombres y comodidades sociales, calles, edificios, luz eléctrica, tranvías, teléfonos, etc. (...) La ciudad es, más bien, un estado mental, un cuerpo de costumbres y tradiciones y de actitudes organizadas y sentimientos inherentes a esas costumbres y transmitidas por esa tradición. La ciudad no es, en otras palabras, solamente un mecanismo físico y una construcción artificial. Está involucrada en los procesos vitales de la gente que la compone.

Es un producto histórico, social y cultural. El mismo Marrero (2008, 75) sostendrá luego que la ciudad es más bien una forma, la del encuentro y de la reunión de todos los elementos que constituyen la vida social. Se puede perseguir una práctica; se puede llegar a creer en su extinción, pero hay muestras de cómo regresan a veces con fuerza desde la cenizas.

Prácticas corporales

Acciones colectivas que nacen a partir de un interés común, de la necesidad de recreación, interacción, divertimento, juego, fiesta, alegría de los sujetos de una misma comunidad, de un mismo barrio, que acuerdan una manera de vivir en sociedad. Apoyados en Galvis (2009, 4) consideramos el *picao* como una expresión cultural e histórica, que despliega la capacidad creativa y comunicativa. Esta práctica favorece la socialización y el reconocimiento entre sus practicantes. El *picao* es una práctica ludo-deportiva, recreativa, que favorece la promoción del ocio activo. El *picao* es una práctica corporal informal que surge de la espontaneidad de los sujetos ya que son ellos los dueños de sus propios arbitrarios, no siendo sometidos por ninguna entidad reguladora que les imponga restricciones; de acuerdo con Galvis (2009) las prácticas corporales informales son aquellas expresiones no sometidas a las disposiciones propias de la

escuela, a mecanismos institucionalizados, a relaciones preestablecidas o a la resolución de problemas prescritos por un régimen curricular, sino a espacios generadores de “caos ordenador de aprendizaje”¹³, de educación a través de relaciones posibles y de una formación que emerge de las necesidades propias del ser.

¿Qué vamos encontrando?

La calle-cancha... el vértigo de la vida urbana empieza a arrasarse con estos gérmenes de socialización primaria: ...al extremo de que hoy es prácticamente imposible encontrar calles dónde jugar porque además el juego callejero ha sido prohibido (Cruyff, 2002)

El picao: una lúdica en contravía

Caracterización

El *picao*, cuando nos problematizamos académicamente, puede ser considerado un juego, un deporte, una recreación, una lúdica espontánea; pero cuando los que lo juegan toman la palabra, el *picao* es otra cosa. Puede ser un juego poco reflexionado que está *a la mano*, a la vuelta de la esquina, desde cuando apenas sí se sabía hablar o caminar; puede ser para ellos una consigna de una valla, el eco de la voz de un maestro o un técnico de barrio, puede ser un espacio-tiempo infinito de encuentro con los *parceros*.



Foto 4. De cotejo entre El Congolo y La Candelaria

Sin detenerse en disputas propias de *lo académico*, un picaista sostiene que es “algo totalmente aficionado, donde la gente lo hace por divertirse, más allá de cualquier otra cosa” (Lucas, E1.1). Escuchando a este picaista congolés, se nota que los practicantes, en función de lo que representan socialmente, tienen su propia definición de esta práctica: *El Mechas* (E5,1) estudiante, picaista habitual de la 107 en Andalucía, uno de los barrios con mayor tradición en fútbol callejero de la ciudad, dice que se trata de:

[...] un partido, donde nos divertimos, salimos a jugar, a aprovechar el tiempo, ya que por las tardes o por las mañanas tenemos el estudio y ya por la noche nos encontramos por acá desocupados, *desparchados*, aprovechamos ese tiempo y jugamos.

Para Jader (E6, 1), picaista de La Francia parte alta, joven de veintiún años muy presionado en la casa porque no ha podido levantar trabajo,

[...] el *picao* es la recocha entre todos los amigos, donde se juega a lo que mejor sabemos... donde quien menos sabe jugar aprende dándole a la pelota.

Para *El Papas* (E7, 1), joven de 23 años, habitante del barrio Villa del Socorro, coto de barrio venido a trabajador de una fábrica de calzado,

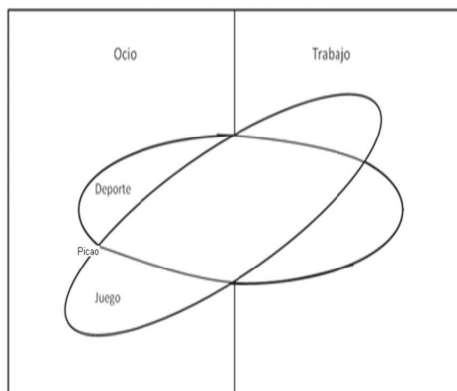
[...] el *picao* es una especie de integración entre los muchachos del barrio, allí nosotros tratamos de hacer deporte, tratamos de relajarnos, desestrezarnos... desde allí tratamos de alejarnos de los vicios, de las bandas y todo eso...

En su voz parece escucharse el eco de *las consignas de las vallas* sobre los usos sociales del deporte.

En *Una gambeta a la muerte*, Medina (1994), periodista, politólogo e investigador del deporte, cita a Luis Alfonso Marroquín ex entrenador nacional de Colombia, defensor del toque barrial en el fútbol profesional. Marroquín establece una diferencia entre el denominado fútbol ca-

¹³ Moreno Doña citado por Galvis, N. (2009).

llejero y el fútbol institucionalizado, dirá que en el primero, a diferencia del segundo (caso el fútbol escolar) “los muchachos están jugando por diversión... por entrenamiento, como por utilizar el tiempo libre”¹⁴. Esta definición parece que representa bien la idea que del *picao* tienen sus practicantes barriales.



Gráfica 1. Lugar posible del *picao* en categorización en la categorización R Thomas (1979), en Olivera 1989. (Modificado).

Como se pudo observar, Lucas subraya el *picao* como diversión, *El Mechas* como diversión y como medio para el uso del tiempo, Jader y *Papas* como juego educador y unificador, como práctica que permite aprendizajes, entrenamientos e integración social. A veces suenan forzados sus propósitos, pero al observarles y al jugar con ellos la percepción del alcance lúdico-deportivo y social se hace evidente. En la afirmación de Lucas el congoleño (E1, 11) parece haber una contradicción, dado el énfasis que coloca sobre el carácter “totalmente aficionado” del *picao*. Observaciones realizadas durante nuestro trabajo

de campo dejaron ver claramente que hay momentos en la práctica del *picao* donde, guardadas las proporciones, se asimila a las prácticas del *deporte profesional* o digamos de un deporte con *intereses económicos*; apuestas por gasosas, por billete, *contratos* para *picaos* especiales, uniformes, premios al ganador, traspaso de jugadores, etcétera. Jaime, *picaísta* de El Congo, es claro:

[...] hay apuestas, por ejemplo hasta de cinco mil pesos, dos litrones, una caja de cervezas, o apuestas de sábado por cincuenta mil pesos (E2, 11).

[...] es que apostando se le pone más gana, más ambiente, en cambio sin apuesta ya se juega como con pereza, todo eso, entonces, como dice el dicho, la emoción no se ve (E1.2, 11)

[...] al campeón un marrano y 14 botellas de aguardiente o de ron, lo que sea, al subcampeón le dan medio marrano y siete de esas de aguardiente (E2, 11).

Hay equipos que son organizados... por ejemplo aquí el amigo; el señor de allí, don Amado, que acaba de llegar, sacó su equipo de siete muchachos y a todos les puso uniforme, pantalonetas, haga de cuenta el uniforme del Deportivo Cali... (E2.11).

Tanto en la apuesta como en el acto de premiación o en la financiación del equipo por don Amado se puede notar que de alguna manera en el *picao* circula el dinero, hay intereses económicos. Pero hay que entender que de recibir una beca o una ayuda en un equipo *amateur* a un salario en un equipo profesional, hay un paso (aunque se sabe que es para unos pocos).

¹⁴ Marroquín citado por Medina (1994, p. 48).

Grafica 2. Caracterización del picao

	JUEGO (picao)	DEPORTE RECREATIVO	DEPORTE ESCOLAR	DEPORTE RENDIMIENTO	DEPORTE DE ELITE
Institucionalización (Formalización, Regulación, ordenamiento)	(BAJA)				(ALTA)
Incertidumbre (riesgo, peligro e inseguridad)	(ALTA)				(BAJA)
Estrato social (nivel socioeconómico, adscripción social)	(BAJO)				(ALTO)
Distinción (Estatus, gusto, exclusividad)	(BAJA)				(ALTA)
Codificación (signos, líneas, señales)	(BAJA)				(ALTA)
Espacio social (abierto - cerrado)	(ABIERTO)				(CERRADO)
Compromiso físico-técnico	(BAJO)				(ALTA)
Ludicidad (divertimento)	(ALTA)				(BAJA)
Competitividad (agonismo)	(BAJA)				(ALTA)
Libertad	(ALTA)				(BAJA)

Como dice Pavía (2008, p. 19), el tiempo del juego es “... tiempo de libertad y despreocupación”, o como dicen Lucas *El Negro* y *El Mechas* el hijo de doña Felicidad, el *picao* es pura “diversión y *desparche*”. Pero el *picao*, como nos muestra Jaime, no es un juego de ángeles, es un juego de la gente del barrio popular, juego que está inmerso en la cultura de los jóvenes, con todo lo que ello implica.

No en vano, el *picao no tiene espacio ni calendario*, es aquello con lo que se completa lo cotidiano. Dice Guillermo Betancur (2012) que es la “ñapa que distrae a los jóvenes en medio de las duras condiciones en las que crecen y viven la ciudad”¹⁵. Razones tendría Medina (1994), el investigador, para titular su texto *Una gambeta a la muerte*.



Foto 5. *Picao* autorregulado



Foto 6. *Picao* reglado

¹⁵ Conversación evaluativa.

Parece que el *picao* es un juego donde los *gomosos* que se identifican con el fútbol como algo propio, desarrollan un juego espontáneo, callejero, casual, o un juego que dependiendo de la ocasión puede institucionalizarse como torneo.

Como encuentro espontáneo dice Jader "...pa' mí el *picao* sería como decir la *recocha* entre todos los amigos", (E6,1 Jader); como juego institucionalizado el espacio es otro y está normado; al respecto *Papas* (E7,2) dice que "jugamos en las placas, en el coliseo, cuando son torneos, pero de resto así por *recochar*, el *picaíto* siempre en la calle". Cuando el juego se institucionaliza la norma se convierte en un instrumento que facilita el desarrollo del torneo, cosa diferente a lo que los nativos llaman jugar la "recocha", el "cotejo", o el "coge" o jugar el "cogeculos" (en su "salvajismo" estas acepciones remiten al juego brusco, al desafío duro, al "cuerpo a cuerpo". En la recocha, por el contrario, el espacio es indefinido, el contacto es abierto, "salvaje", la incertidumbre es amplia¹⁶. Para El praxiólogo Lavega (2000) existen las situaciones (de juego) en un medio estable o en uno inestable. En este último caso el entorno es fuente de incertidumbre, lo cual comporta la necesidad de leer constantemente el espacio de acción (...) estamos ante un medio salvaje, incierto, como es el caso de las prácticas realizadas en la naturaleza (...).



Foto 7. Párela, párela...

El apunte del praxiólogo español explica la situación que se presenta con el *picao* no institucionalizado. El torneo (de *picao*) en palabras del mismo autor es ya juego domesticado, domado por la institución, por la acción comunal, por las ONG, por el juez, por la raya, a través del pito y la tarjeta¹⁷. En el primer caso, el juego se adapta libremente al espacio, mientras que en el desafío (de torneo) se impone el espacio; la línea subyuga lo jugado. Es claro el planteamiento de Jaime el picaísta (E2, 1):

Así en la recocha... la única norma que hay es, cuando por ejemplo el balón se queda en un andencito o en un huequito (si esto sucede) el balón queda ahí atrancado y uno puede coger el balón... pero mientras el balón suba al andén uno juega normal, normal... la única forma (de parar) es cuando vaya a pasar una persona, se para el balón pa' que esa persona pueda pasar. Jaime (E2, 7).

El *picao* hace parte de la cultura popular, no de la llamada *cultura culta*; hay un apunte explicativo de Martínez y Muñoz (2006, p. 7) que da cuenta clara del contexto del *picao*. Muestra la manera como vive la ciudad el pueblo cuando juega.

En Medellín somos comunitarios y eso nos diferencia de otras ciudades y regiones del país. Acá todo es en la calle, el sancocho, la "marranada", la fiesta de diciembre... todo para nosotros es un motivo de reunión en la calle, cerrar la vía y reunirnos, compartir, conocernos e integrarnos. Todos nacimos y crecimos en las calles, casi siempre empujados de nuestra ciudad, compartimos con nuestros amigos, jugamos, peleamos, y hasta nos enamoramos. La calle se ha convertido para la ciudad en la disculpa perfecta para salir de lo privado y compararnos en lo público, engrandecer nuestra familia con todos los vecinos y permitirnos a nosotros mismos ese compartir, que nos ubica en la ciudad y que nos dice cada vez que no estamos solos.

¹⁶ Ver Parlebas, (2001).

¹⁷ Para profundizar el asunto de la incertidumbre en los juegos "salvajes", véase Parlebas (2001, pp. 248-249).

Los autores se nombran como parte del pueblo, jugadores, vecinos, gente de una ciudad que vive la calle de una manera singular; reivindican el *picao* como práctica de lo público, pero difuminando la frontera entre lo público y lo privado; hacen o sienten la calle como una continuación del hogar, de lo privado, de lo íntimo. Por medio del *picao* se hacen comunidad, familia grande. Lazos distintos se tejen en la ciudad posmoderna. Los lugares de encuentro y los espacios de ciudad se privatizan, se limitan, se elitizan, se especializan, se hacen gueto.



Foto 8. El marrano pa'l que gane.

Del *picao* culto al *picao* salvaje (la normativa)

Parece que el *picao* recogiera toda la filogénesis humana; habría un espectro que recoge desde el

picao más “salvaje” hasta el *picao* más “culto”. En la calle se ve desde el *picao* extremadamente espontáneo, con ribetes de “crueldad”, rudimentario, tosco, brusco, burdo, donde sin importar edad ni capacidad “sobra pata”, hasta el *picao* que a punta de acuerdos implícitos o explícitos, de tradiciones respetadas, se juega limpio; “En El Congolo se juega así, usted no está en Niquía, papá”, suelta un picaísta caliente. Según Ortega Ruiz (2002, p. 107) en este tipo de prácticas “las normas del grupo sancionan (en ocasiones) como correctos, valores que son éticamente perversos...”; o sea que existe la posibilidad de un *picao* “cruel y perverso”, que sigue normas de la calle; lo que indicaría la observación de Ortega Ruiz es que las normas garantizan lo que el grupo considera como éticamente correcto o incorrecto. Por su lado Rivero (2008, p. 49) resalta que “son las reglas de comunicación las que regulan las relaciones sociales en el juego” y esto conecta con una perspectiva que parece poseer dicha autora a lo largo del trabajo citado, postura que le da un gran valor a las condiciones puestas por los propios chicos antes o durante el juego. Se deja ver allí una libertad de juego o una libertad del jugador asociada a la libertad posible en el grupo de juego, para ello se apoya en Huizinga (2000), cuando afirma que “el juego por mandato no es juego” agrega Rivero (*Ibid.*) que allí la libertad en el juego está relacionada con la posibilidad de decidir que tenga el sujeto que juega, y esta margen en el *picao* es amplia.

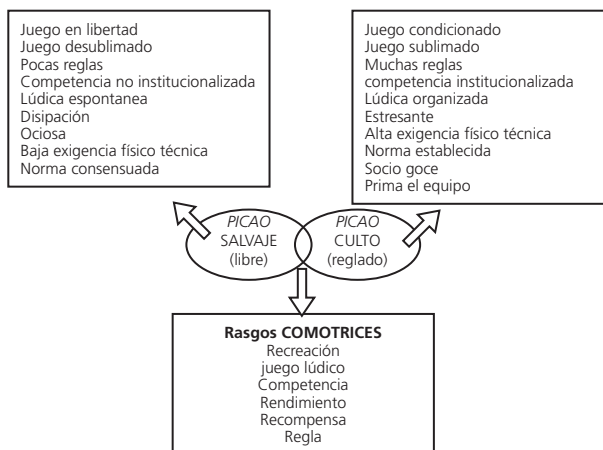


Gráfico 3. Rasgos motrices compartidos entre las formas del *picao*

Es posible entonces que en nuestro espectro el *picao* como “libre juego”, o como “juego en libertad” está del lado menos domesticado. Bien anotaba Carrión (2006, p. 5) que “la norma que se produce y se ejerce en la calle... nace del acuerdo entre ellos, momentos antes del inicio del encuentro”. El *picao* de mayor componente espontáneo tiende a ser simple en la norma, de esta manera puede ser más incluyente, más “práctico”, lo otro tiende al deporte.

[...] que juego sin desquina (tiro de esquina), sin cochinas, terminamos a cuatro o los tres goles... eso depende como se juegue, si usted quiere jugar largo, (o si) si quiere jugar cortico... por ejemplo cuando jugamos arriba nosotros jugamos muy largo, pero hay gente que no le gusta (jugar largo), entonces ponemos la cancha más cortica... Cuando pasa un carro, personas, niños... paramos el balón; eso uno mismo lo debe saber, eso es la personalidad de uno que tiene que respetar a la gente que pasa... E3.1 J Diego (6).

Se puede pensar que el *picao* en su “salvajismo” no considera al otro, pero la voz de J. Diego en el texto anterior evidencia una consideración y un respeto significativo por el otro, por el deseo del otro que quiere jugar largo o corto, por la integridad del otro, del transeúnte, del que atraviesa el campo de juego. Ya afirmaba un profesor de educación física entrevistado por Rivero (2008, p. 43) que “las reglas, las que ponen los chicos cuando juegan, son puntos de comunión entre yo y el otro”. Carrión (2006, p. 4) introduce un interesante concepto para resaltar el sentido de la norma del deporte y el juego callejero, nos referimos al concepto de precariedad, categoría potente que nos permite entender y dimensionar que la norma en exceso y dictada por fuera de los “contrarios” redundante posiblemente en un juego aburrido, en un juego extraño a los de la calle, el *picao* es juego en libertad, lo otro es deporte normado, no juego de calle cargado de potencial autorregulador.

Reflexiones finales

A pesar de que en Medellín y Bello se pudo observar que en ocasiones algunas institucio-

nes (como las Juntas Administradoras Locales —AL— o las Juntas de Acción Comunal, los entes deportivos municipales o las oficinas de cultura, paz y convivencia, salud y educación) intentan a través de esta práctica callejera desplegar sus consignas y sus intervenciones ciudadanas, especie de captura institucionalizada interesada de la dinámica de los jóvenes, es evidente que en el *picao*, práctica ludo deportiva del orden de lo informal, prevalece la condición de lo no formal; ellos resisten y los niveles de institucionalización son bajos, significa que el *picao* es prevalentemente espontáneo y autorregulado. El *picao*, cosa de barrio popular, es una práctica con alto nivel de incertidumbre, no se sabe cuándo empieza ni cuando termina y no se sabe cómo va a terminar: en un *coge* o en una parranda cualquier cosa puede pasar y ese es uno de sus grandes atractivos. El *picao*, es una práctica abierta (llega cualquiera), de baja codificación, es un juego de ciudad tradicional que se sigue jugando en contravía, a costa de una ciudad que se llena de concreto, de edificios, de plástico, de señales, líneas, cámaras y prohibiciones. El *picao* y el picaísta, sujeto y práctica más emparentados con la ciudad tradicional, sobreviven a fuerza de la memoria y la evocación que queda en algunos habitantes. El *picao* no se entrena, el picaísta se hace a punta de gambeta, de juego, no de ejercicio; desarrolla habilidad a costa de hacerle quite al poste, a la alambrada, al bus, a la doña. Es juego libre, autorregulado, es divertimento puro; su agonismo es alto, en términos de que se compite, pero es autorregulado en la medida en que no media un juez, ellos lo manejan. La práctica del *picao* posee un fin principalmente lúdico y de interacción. El *picao* se extingue en la medida que se transforma en una práctica formal “cultura”, “plástica”, se evidencia una resistencia, el *picao* se niega a extinguirse, a morir por completo, parece que hay formas comunitarias, populares, que demandan este tipo de manifestaciones culturales para no sucumbir en una ciudad que no se hace de cara a las necesidades de la mayoría. El *picao* es juego en libertad, la toma de decisiones en el juego del *picao* es muy significativa para definir el potencial de esta práctica para la formación del ciudadano. Por esa toma de decisión en libertad y sin más limitante que la autorregulación que el mismo picaísta se impone, convierte una práctica aparentemente insignificante en una

práctica de alto contenido educativo para un ciudadano auto designado (deber ser) que ejercería una ciudadanía voluntariamente y en ejercicio de conciencia; el picaísta define cómo juega, cuándo juega, para qué juega, con quién juega y bajo qué condiciones juega.

Referencias

1. Achutti, L. E. (1997). Fotoetnografía: un estudio sobre antropología visual sobre cotidiano, lixo e trabalho. Porto Alegre: Tomo Editorial, Palmarinca.
2. Agra Hassen, M. (2010). Etnografía: noções que ajudam o diálogo entre antropología e educação. <http://www.yasni.com/>
3. Arroyo, M. (2010). Los colectivos depauperados repolitizan los currícula. En Gimeno, J. *Saberes e incertidumbres sobre el curriculum*. Madrid: Ediciones Morata.
4. Boni P. C. & Moreschi B. M. (2007). Fotoetnografía: a importância da fotografia para o resgate etnográfico. *Revista Digital de Cinema Documentário*, 3 (12). Universidade Estadual de Londrina.
5. Boni, V. & Jurema, S. (2005). Aprendendo a entrevistar: como fazer entrevistas em Ciências Sociais. *Revista Eletrônica dos Pós-Graduandos em Sociologia Política da UFSC*, 2, (1), janeiro-julho, pp. 68-80.
6. Demetrio, E. & Brisset, D. (1999). Acerca de la fotografía etnográfica. En *La Gaceta Antropológica*. N° 15
7. Carrión, F. (2006). Escenarios del fútbol: de la calle, por el barrio, al estadio. Flaco-municipio metropolitano. *Diario El Comercio*. Quito, Ecuador.
8. Cruder, G. (2008). *La educación de la mirada*. Buenos Aires: Editorial Stella.
9. De Miguel, J. & Ponce de León, O. (1994). Para una sociología de la fotografía. *REIS* N° 84. Octubre-Diciembre.
10. Cuervo, M. (2007). El contexto histórico como eje de análisis del espacio público Bogotano en el siglo XX. En *Revista Hallazgos*. N° 7, pp. 77-118.
11. Galvis, N. (2009). Prácticas corporales: un despliegue del cuerpo en la tensión de lo formal y lo informal. En *Revista Educación física y deporte*, 28 (2): 13-21. Funámbulos Editores.
12. Huizinga, J. (2000). *Homo ludens*. Buenos Aires: Emecé Editores.
13. Lavega, P. (2000). *La clasificación de los juegos, los deportes y las prácticas*
14. motrices. Grupo de estudios Praxiológicos de Lleida. INEEFC. España.
15. Madrigal, D. (2009). Fútbol y acción colectiva: la reinvencción del espacio urbano. En *Razón y palabra*.
16. Martínez, R. & Muñoz, A. (2006). *Con la pelota en la cabeza*. INDER y Alcaldía de Medellín.
17. Marrero, I. (2008). La producción del espacio público: fundamentos teóricos y metodológicos para una etnografía de lo urbano. En *Revista D'Antropologia i investigació social*. Universitat de Barcelona.
18. Medina, G. (1994). *Una gambeta a la muerte*. Colección ensayos. Fondo Editorial Cooperativo. Medellín, Colombia.
19. Medina, G. (2007). *Prohibido perder y otros juegos de poder alrededor del fútbol, la cultura y la política*. Hombre Nuevo Editores. Medellín, Colombia.
20. Milo, T. (2007). El valor emocional de los picados. Clarín.com
21. <http://weblogs.clarin.com/puebloapueblo/archives/2007/01/>
22. Moreno, W. (2012). *Fotoetnografía e investigación en Educación Física: un giro en la mirada*. En imprenta.
23. Olivera, J. (1989). Hacia un deporte educativo en una educación física renovadora. En *Educación física y deporte*, (16-17), junio-septiembre.
24. Ortega, R. (2002). Lo mejor y lo peor de las redes de iguales: juego, conflicto y violencia. En *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, (44): 93-113.
25. Parlebas, P. (2001). *Juegos, deportes y sociedades*. Barcelona: Editorial Paidotribo.
26. Pérez, I. (2000). *Habilidades sociales. Educar hacia la autorregulación: conceptualización*. Barcelona: Editorial Horori.roger.
27. Rania, A. (2009). Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana. Universidad Central de Venezuela.
28. <http://www.revistas.luz.edu.ve/index.php/rh/article/viewFile/2901/2796>
29. Rivero, I. (2008). ¿Qué aprendemos a enseñar? El juego en la formación del profesor de Educación Física. En *Revista Educación física y deporte*, 27, (1) : 43- 56.
30. Rockwell, E. (1993). *Etnografía y teoría de la investigación educativa*. Departamento de Informáticas del CIDEM. México: Morelia.
31. Salvatierra, P. (2000). De la etnografía antropológica a la etnografía educativa. En *Revista Complutense de educación*, 11, (2): 219-228.
32. Rodríguez, A. (2008). *El deporte en la construcción del espacio social*. CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas). Madrid.
33. Zapata, G. (1993). *Fútbol e identidad cultural*. Colombia Ensayos Laborales. Medellín.
34. El Tiempo.com. "Canchas de Medellín en la mira de combos". <http://m.eltiempo.com/colombia/>. Mayo 22, 2012.
35. Noticias Telemedellín. "Denuncian presuntas extorsiones para usar canchas sintéticas en Medellín". <http://noticias.telemedellin.tv/?p=29481>. Marzo 18, 2012.